

PLANIFICACIÓN DE LA CULTURA Y MERCADO*

ITAMAR EVEN-ZOHAR
Universidad de Tel-Aviv

Even-Zohar, Itamar 1999. "Planificación de la cultura y mercado". Traducción de Montserrat Iglesias Santos, revisada por el autor. En *Teoría de los Polisistemas: Estudio introductorio, compilación de textos y bibliografía* por Montserrat Iglesias Santos. [Bibliotheca Philologica, Serie Lecturas] Madrid: *Arco*, pp. 71-96. También accesible de la página Web de Itamar Even-Zohar: <http://www.tau.ac.il/~itamarez>

I. PLANIFICACIÓN DE LA CULTURA. HIPÓTESIS GENERALES

El propósito del presente trabajo consiste en proponer una serie de hipótesis sobre las relaciones entre la planificación de la cultura y las fuerzas del mercado, en cuanto factores implicados en la organización de la vida social e individual. Dichas hipótesis son básicamente generalizaciones inductivas derivadas de una serie de estudios particulares que, no obstante, nunca podrían haber sido concebidos ni analizados sin el trabajo teórico llevado a cabo previamente por las teorías de la cultura. Me parece, pues, adecuado bosquejar aquí las conclusiones –todavía provisionales– de los mencionados estudios, y también las premisas teóricas que sirvieron de marco para su desarrollo. Permítanme formular, antes de entrar en detalle, las hipótesis generales:

- La planificación de la cultura es una actividad habitual en la historia de las entidades colectivas de cualquier dimensión, sea una «familia», «clan», «tribu», «comunidad» o «nación». Aunque su práctica se remonta a los albores de la historia, fue adquiriendo mayor intensidad e ímpetu en las sociedades occidentales desde finales del siglo XVIII, sobre todo en las grandes entidades sociales. Desde entonces, se ha convertido en factor fundamental para la configuración, reorganización y mantenimiento de dichas entidades.

* Título original: «Culture Planning and the Market: Making and Maintaining Socio-Semiotic Entities», inédito. Se presentó una primera versión en el Coloquio de Darmouth «The Making of Culture», Darmouth College, 1994. Traducción de Montserrat Iglesias Santos, revisada por el autor. Texto traducido y reproducido con autorización del autor.

- La puesta en práctica de la planificación proporciona cohesión socio-semiótica a una entidad real o potencial, al generar un espíritu de solidaridad entre aquellos que se adhieren al repertorio introducido por dicha puesta en práctica.
- Esta cohesión puede convertirse en una condición necesaria para la constitución de una nueva entidad, y/o para la supervivencia de otra ya existente.
- Lo realmente relevante en la planificación de la cultura son sus posibilidades de ser llevada a la práctica con éxito. De acuerdo con esto, los planificadores deben o bien poseer el poder político, o hacerse con él, o bien conseguir el respaldo de aquellos que lo detentan.
- Mediante una puesta en práctica efectiva tanto los que detentan el poder como los planificadores pueden dominar o controlar a la entidad social correspondiente. Mientras que en algunos casos dicho dominio parece ser el único o último propósito de la planificación cultural, en otros se constituye en el recurso más eficaz de los que dispone una entidad, un conjunto de personas, para mantener su supervivencia.
- Dado que, por definición, la puesta en práctica de una planificación cultural conlleva la transformación de un determinado estado de cosas, sus perspectivas de éxito dependerán de una explotación eficaz de las condiciones del mercado. Por consiguiente, debe tenerse siempre presente la posibilidad de que fracase dicha planificación. Además, donde se encuentre con firmes fuerzas de resistencia puede sobrevenir su fracaso total o parcial.
- Si de hecho se produce un fracaso, total o parcial, la planificación y las actividades relacionadas con ella no originan necesariamente resultados negativos desde el punto de vista del bienestar de la entidad implicada. Es más, sostengo que cuando tiene lugar una actividad de planificación, sean cuales sean sus consecuencias, la entidad correspondiente alcanza casi siempre una mejora en sus condiciones de vida. Incluso estoy cada vez más convencido de que para el

mantenimiento de cualquier entidad socio-semiótica humana, la actividad de planificación *per se* genera a largo plazo una cierta dinámica, un aumento de la vitalidad que posibilita a la entidad en cuestión el acceso a opciones de las que previamente pudo haber sido excluida. Para designar este complejo fenómeno propongo el término «energía», al menos hasta que se encuentre otro mejor.

2. EL CONCEPTO DE «CULTURA»

Por presuntuoso que parezca, creo que todos podemos coincidir en una formulación de la «cultura», basada en casi cien años de trabajo en este campo, que la define como *un conjunto o un repertorio de opciones que organizan la interacción social*.

Ambos términos, *conjunto* y *repertorio*, sugieren la idea de una serie de elementos que mantienen relaciones interdependientes. Por lo general los repertorios son concebidos como conjuntos preestablecidos a partir de los cuales pueden realizarse las selecciones. Esta imagen ha sido sugerida a menudo bajo una gran variedad de términos: *lengua*, *el eje de la selección*, *paradigmático*, *código*, y demás. Se han establecido también distintos niveles del repertorio: el de las unidades discretas –por ejemplo el conjunto de pronombres o el denominado campo semántico del movimiento–; el de las combinaciones preestablecidas –como frases o comportamientos prefijados; estrecharse las manos y decir «cómo está usted» podría servir de ejemplo para ambos casos–; y por último el de los *modelos*, como en el caso descrito por Gumperz¹: «los procedimientos más eficaces que se pueden emplear en la interacción con un administrador cuando se está buscando trabajo». No obstante, la hipótesis principal acentúa la idea de estructuración como la característica distintiva de un repertorio, es decir, la interdependencia de

¹ Vid. Gumperz, J. J., «The Retrieval of Socio-cultural Knowledge in Conversation», en *Poetics Today*, 1, 1979, págs. 273-286; y *Discourse Strategies, Studies in Interactional Sociolinguistics*, Cambridge, Cambridge U. P., 1982.

sus componentes, en el sentido de que su valor viene determinado por la relación que establecen entre sí. Por tanto, un conjunto no estructurado de elementos, si es que existe tal cosa, no constituye necesariamente un repertorio.

El término *opción* quizá necesite ser explicado con mayor detalle. Por definición, conlleva la oportunidad de elegir entre dos o más posibilidades en una situación determinada. Sin embargo, el acceso a dichas posibilidades no puede realizarse en igual medida en todas las circunstancias, aunque forme parte del repertorio; una posibilidad concreta puede estar presente en un repertorio y ausente en otro. Utilizando el clásico ejemplo de Voegelin, la «persona-en-la-cultura» sabe que «resulta más apropiado arrodillarse en la iglesia que en una oficina»². Esto ilustra claramente el caso de una elección limitada, si bien se debe añadir que donde no existen iglesias, o las iglesias no son de advocación católica, puede que ni siquiera se tenga el acto de arrodillarse como una posibilidad preestablecida. Por supuesto que lo relevante no es el acto físico de la genuflexión, sino la función semiótica que desempeña. Por su mediación, la realidad social o el sistema de interacciones humanas es modelada mentalmente y transformada en un comportamiento efectivo. Por regla general, todas las opciones comparten esta naturaleza, es decir, o bien son componentes del comportamiento³ portadores de funciones sociosemióticas –en otras palabras, mecanismos de modelización mental–, o bien son modelos de los que se derivan diversos comportamientos.

Decir que el repertorio de opciones organiza la interacción social significa que la «cultura» no se concibe aquí como una superestructura social, ni como un reflejo de fenómenos sociales. Más bien se entiende como la organizadora por excelencia de la vida social, tanto en un nivel individual como colectivo. No hay, pues, manera de que un

² Voegelin, C. F., «Casual and Non-Casual Utterances within Unified Structures», en *Style in Language*, ed. Th. A. Sebeok, Cambridge, MIT Press, 1960, págs. 57-69. Cita de pág. 61.

³ «Behavioremas», como sugirió hace mucho tiempo K. L. Pike. Vid. *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behavior*, The Hague, Mouton, 1971, 2ª ed. revisada.

grupo pueda mantenerse *sin* cultura, ni de que un grupo, o una entidad colectiva bien delimitada, pueda definirse como tal sin adherirse a una cultura determinada, es decir, sin recurrir a un repertorio distintivo e identificable.

Anticipándome a ciertos equívocos sobre un posible postulado latente de homogeneidad, me apresuro a subrayar que el concepto de «repertorio de opciones» es en realidad una abreviación de «repertorio de repertorios de opciones». Nunca existe solamente un único repertorio disponible para una serie de situaciones determinadas o para un grupo social específico. No creo necesario discutir más este aspecto, que he desarrollado en mis trabajos sobre la Teoría de los Polisistemas (véase Even-Zohar, 1990; para un análisis detallado véase Iglesias Santos, 1994: 327-348).

La multiplicidad de repertorios concurrentes hace posible que ciertos sectores o individuos de una determinada sociedad tengan un acceso más fácil a las opciones que otros. Por tanto, cuanto más complejo es el repertorio más le importa saber al grupo y a sus miembros en qué medida son accesibles y apropiadas las opciones en una situación concreta. Es más, una de las opciones que opera en esos momentos es propiamente la capacidad de saber si una opción resulta apropiada o no. Está claro que la sugerente noción de «capital cultural» de Bourdieu (1971) se puede aplicar a este análisis. Los grupos o individuos que mejor acumulen el capital cultural lograrán alcanzar más «éxito». La misma hipótesis resulta válida para las grandes entidades, por ejemplo, las «naciones».

Por tanto, la familiaridad con la cultura es condición indispensable para que pueda mantenerse con éxito la interacción colectiva o individual. Sin embargo, tener simplemente familiaridad con la cultura, aunque imprescindible y beneficioso, equivaldría a ser hábil en el manejo de un artefacto (sin saber cómo está construido o cómo funciona). Se adquiere mejor y más poderoso capital cuando se participa activamente en la configuración de un repertorio de opciones. En otras palabras, la habilidad de un *consumidor*, un intérprete, o la de un *difusor* de un repertorio es, desde el punto de vista de la independencia, del éxito y de la maestría, indudablemente inferior a la de un *productor* de nuevas opciones, esto es, un innovador.

3. PLANIFICACIÓN CULTURAL Y EVOLUCIÓN ESPONTÁNEA

Planificar una cultura constituye claramente un modo de crear nuevas opciones en un repertorio. Sin embargo, cabe aquí una cierta ambigüedad, puesto que el término «nuevo» no es del todo evidente. Desde un punto de vista muy general, cualquier elemento o cualquier tipo de relación todavía inexistente en un repertorio pueden considerarse como «nuevos». En consecuencia, cualquier acto mediante el cual se produzca una transformación entre los elementos ya existentes supone en definitiva una innovación.

Se acepta comúnmente que los repertorios culturales de algún modo surgen y se desarrollan gracias a contribuciones de masas anónimas. Dichas contribuciones normalmente se describen como «espontáneas», esto es, como el producto e incluso el subproducto del proceso de la interacción humana. Tras esta idea de espontaneidad subyace la presuposición de que los elementos que emergen en tales circunstancias son fortuitos. Al mismo tiempo el modo en que se organiza el inventario acumulado y se transforma en un repertorio parece ser el de las libres negociaciones entre las fuerzas del mercado. Una de las cuestiones clave en la agenda de todas las ciencias humanas gira en torno a los complejos mecanismos utilizados por los grupos sociales cuando adoptan o se adhieren a un repertorio específico, a partir de la libre negociación entre las fuerzas mencionadas.

Ésta es ciertamente una hipótesis básica, eficaz y adecuada para la investigación de la cultura; pero necesita algunas modificaciones. No se trata de eliminar la idea de espontaneidad y de las negociaciones del mercado, sino de introducir algunas dimensiones adicionales, una de las cuales sería la hipótesis de que la planificación puede surgir en cualquier momento como una consecuencia ineludible de las negociaciones susodichas. En otras palabras, cuando cualquier grupo o individuo, sea cual sea su posición, empieza a actuar para promover ciertos elementos o para suprimir otros, la «espontaneidad» y los «actos deliberados» se convierten *ipso facto* en mutuamente interdependientes. El intento de intervenir de modo deliberado para establecer prioridades en un conjunto existente de opciones —a menudo

denominado «codificación» o «estandarización»—, debe por tanto reconocerse como un ejemplo básico de planificación. Si, además de actuar en favor de ciertas prioridades, un grupo o individuo se compromete a idear *nuevos* elementos, la planificación se hace desde luego más evidente y con frecuencia ve dificultada su puesta en práctica.

Las razones por las que ciertos grupos o ciertos individuos llegan a implicarse en la planificación cultural, lo que esperan conseguir con ello y los mecanismos que emplean son algunas de las cuestiones que trataré a continuación. No obstante, el contenido específico de un repertorio planificado y los principios utilizados en su elaboración quedan por ahora fuera de mi cometido, aunque irán apareciendo varias referencias a lo largo de la exposición.

Llegados a este punto, es hora de volver a discutir con mayor detenimiento el conjunto de hipótesis sobre la planificación cultural que enumeré al comienzo de este trabajo.

3.1. *La planificación como un procedimiento cultural constante.* Si concebimos la planificación como un acto deliberado de intervención en un repertorio existente o a punto de constituirse, entonces llegamos a mi primera hipótesis: que la planificación cultural es una actividad habitual en la historia de las entidades sociales.

Creo que se puede afirmar que desde los albores de la historia una de las principales preocupaciones de los grupos e individuos en materia de organización social fue la ordenación de algo que pudo haber surgido como una serie desordenada de opciones, es decir, el transformar *inventarios* no estructurados en *repertorios* estructurados. Está claro que ninguno de esos actos se limita a la introducción de cierto orden en un conjunto ya existente y definido. Precisamente a través del propio acto de estructurar se pueden crear nuevas relaciones para una serie de categorías ya existentes, pero también pueden introducirse nuevos componentes a través de la combinación, la analogía o el contraste.

La planificación cultural comenzó, a juzgar por los datos de los que disponemos, con el primer grupo humano orga-

nizado que conocemos, la antigua civilización sumeria en Mesopotamia. En esta fase y en otras sucesivas de la historia de la humanidad –el Imperio acadio, Egipto, Babilonia, Asiria, el Imperio hitita, y otras entidades políticamente organizadas (Mari, Ebla o Yamhad)– sobre las que se ha ido adquiriendo un conocimiento más detallado en los últimos años, la planificación se mantuvo en manos de aquellos que consiguieron el control físico de los grupos a los que intentaban imponer una cultura organizada determinada.

El visible interés en la planificación cultural mostrado por los gobernantes de esas entidades evidencia que eran conscientes de que la pura fuerza física resultaba un instrumento insuficiente para una dominación perdurable. La aparición de prácticas e instituciones religiosas centralizadas (a diferencia tal vez de los cultos locales), nos dicen los historiadores, pueden explicarse mejor como maneras de impartir cohesión social mediante una lealtad cognitiva utilizando la persuasión. Al adherirse a una misma religión la colectividad adquiere un determinado conocimiento de la realidad y aprende qué opciones y repertorios tiene a su disposición o cuáles le son indispensables. Los estudiosos del antiguo Egipto han sugerido una explicación para la enigmática preocupación que sus habitantes mostraban por la construcción de los monumentos funerarios conocidos con el nombre de pirámides. En su opinión, toda la empresa respondía a la necesidad de inventar un proyecto común que persuadiese a la población a aceptar un repertorio concreto que les indicaba cuál era el orden social y quiénes eran ellos mismos. Incluso en Asiria, un régimen desacreditado por su brutalidad y su uso extremo de la fuerza, los gobernantes mostraron cierto interés por autopromocionarse a través de la propaganda⁴. Cantar las propias ala-

⁴ Vid. Tadmor, H., «History and Ideology in the Assyrian Royal Inscriptions», en *Assyrian Royal Inscriptions: New Horizons (in Literary, Ideological, and Historical Analysis)*, ed. F. M. Fales, Roma, Instituto per l'Oriente, 1981, págs. 13-33; y «Monarchy and the Elite in Assyria and Babylonia: the Question of Royal Accountability», en *The Origins and Diversity of Axial Age Civilizations*, ed. S. N. Eisenstadt, Buffalo, State University of New York Press, 1986, págs. 203-227.

banzas por haber proporcionado un buen nivel de vida a sus súbditos parece haberse convertido en un cliché, utilizado por todos los gobernantes del Creciente Fértil en sus inscripciones (Azitawadda de Karatepe o Killamu de Sam'al son solo dos de los ejemplos que vienen a la mente)⁵. Y las primeras escuelas de Sumeria, con sus innovaciones en los sistemas de escritura y en el canon textual, constituyen los más antiguos modelos conocidos de sistemas educativos, academias e instituciones conformadoras del canon –sirviendo todos ellos como los instrumentos más idóneos para la implantación de los repertorios deseados–.

Como puede verse, la toma de conciencia por parte de los gobernantes de la necesidad de actuar deliberadamente para crear un repertorio cultural que fuese aceptado por al menos parte de la población bajo su dominio, tiene muy poco de fenómeno moderno. Y tampoco lo es el reclutamiento de gente que se encargase de su planificación.

Parece, sin embargo, que solo en la antigua Israel y más tarde en la antigua Grecia encontramos por primera vez individuos, fuera del poder, que se arrojan la tarea de ofrecer repertorios alternativos, o alguna de sus partes, y de trabajar públicamente para su aceptación. Me refiero a los profetas «libres» en Israel que, desafiando a los gobernantes políticos y culturales (generalmente representados por la clase sacerdotal), a menudo arriesgaban su propia cabeza al proponer repertorios alternativos (el caso más famoso es el de Jeremías). Lo mismo puede decirse de los filósofos griegos y otros grupos ilustrados. Ambos pueden verse, quizá,

⁵ Azitawadda (siglos XVIII-IX a. C.) se jacta repetidamente de que en su época «a lo largo de todo el valle de Adana, desde la salida hasta la puesta del sol [...] había gran abundancia de comida y buena y larga vida y felicidad para todos los daneanos y para todo el valle de Adana» (Tur-Sinai, N. H., «Ha Ktobet ha kanaanit mi Karatepe [La inscripción canaanita de Karatepe]», en *Ha-lashon ve ha-sefer*, Jerusalén, Mossad Bialik, 1954, págs. 66-80; cita de pág. 70). Por su parte Killamu (s. XII a. C.) se enorgullece de que «para algunas personas he sido un padre, para otras una madre y para otras un hermano. A quien no había visto la cara de una oveja le he hecho dueño de un rebaño; a quien no había visto la cara de un toro le he hecho dueño de una manada», y así sigue (Donner, H. y Röllig, W., *Kanaanäische und Aramäische Inschriften*, I-II, Wiesbaden, Harrassowitz, 1971; cita de pág. 24).

y asumiendo el riesgo del anacronismo, como prototipos arcaicos de una *intelligentsia* o incluso como intelectuales que a veces, aunque no siempre, se desvinculan de las demandas de unos gobernantes autoritarios, y hasta les contradicen abiertamente. La ausencia de evidencias sobre tales individuos o grupos en otras sociedades antiguas antes mencionadas no prueba necesariamente que no existiesen, sino que si lo hicieron no se conserva prueba de ello, dato que en sí mismo no es insignificante en relación a tales sociedades.

Desde principios de la Edad Moderna y hasta finales del siglo XVIII los gobernantes y los otros representantes del poder han recurrido cada vez más (aunque no necesariamente por convicción) a la planificación de la cultura, con un creciente uso de los repertorios proporcionados por los productores culturales. La planificación de la cultura ha ido en consecuencia aumentando su fuerza, intensidad e ímpetu, hasta convertirse en un factor fundamental en la formación, reorganización y mantenimiento de las grandes entidades sociales.

3.2. *La puesta en práctica de la planificación proporciona cohesión sociosemiótica.* La puesta en práctica de la planificación proporciona cohesión sociosemiótica a una entidad real o potencial mediante la creación de un espíritu de afiliación entre aquellos que se adhieren al repertorio introducido por dicha puesta en práctica.

Por «cohesión sociocultural» me refiero a una situación en la que existe un sentimiento ampliamente extendido de solidaridad o de estrecha unidad entre un grupo de personas, razón por la que no se requiere una conducta impuesta por la simple fuerza física. Me parece que el concepto clave para entender la cohesión sociocultural es el de «disponibilidad». La disponibilidad consiste en una disposición mental que empuja a los individuos a actuar de un modo que, de otra manera, podría ser contrario a sus «inclinaciones naturales». Ir a la guerra para ser probablemente asesinado en la lucha con otras personas sería un caso extremo, pero muchas veces repetido a lo largo de la historia de la humanidad. La creación de una extensa red de disponibilidades sobre un buen número de cuestiones es algo que,

aun siendo vital para cualquier sociedad, no debe asumirse como natural. Así por ejemplo, ningún gobierno puede dar por supuesto que la gente obedecerá las «leyes», escritas o no, si no logra persuadirles para que lo hagan. La obediencia conseguida mediante la fuerza física, como la militar y la policial, puede resultar efectiva sólo durante un cierto lapso de tiempo, pero tarde o temprano estallará, en parte porque pocas sociedades pueden permitirse mantener un número lo bastante amplio de agentes de la ley.

El pensamiento sociológico clásico ha reconocido el poderoso papel de lo que denominan «persuasión» para el «control efectivo» de una población dominada. En palabras de Bartoli, estos mecanismos consisten en

incitación a la conformidad e interiorización de los modelos culturales que la clase o los grupos en el poder consideran necesarios para el mantenimiento del equilibrio del sistema social y que, especialmente en las sociedades fuertemente estratificadas, ciertos otros grupos o clases sociales sitúan en el centro de una estrategia de organización del consenso sobre los objetivos y las propias definiciones de la realidad⁶.

No es fácil evaluar el nivel de cohesión sociocultural de una sociedad. Me parece, sin embargo, una tarea interesante el intentar desarrollar algunas categorías claras para tales evaluaciones. Dichas categorías clarifican qué entendemos por «alto nivel» –que a su vez puede ser traducido como «éxito» desde el punto de vista de la planificación–, o por «bajo nivel» –que puede traducirse como «fracaso». Cuando, por ejemplo, unos territorios se ven sometidos a la dominación de poderes externos, pero la población local persevera en el repertorio con el que había cristalizado como entidad, entonces podemos hablar de un alto nivel de cohesión sociosemiótica. Podríamos pensar en casos como el de los judíos en la Palestina romana, los polacos bajo la dominación de Alemania, Rusia y Austria, o los islandeses bajo la dominación de Dinamarca. Por otro lado, tenemos una prueba de un bajo nivel de cohesión en el aparente-

⁶ Bartoli, P, *Il condizionamento sociale*, Firenze, La Nuova Italia, 1981, pág. 4.

mente rápido colapso y desaparición de los asirios, en tanto entidad con una organización propia y en tanto colectivo individualizado. Este es un ejemplo especialmente llamativo por el notorio *esprit de corps* asirio, basado en la brutalidad y el terror.

3.3. *La cohesión sociosemiótica como una condición necesaria para la creación o supervivencia de grandes entidades sociales.* La cohesión sociosemiótica puede llegar a ser una condición necesaria para la creación de una nueva entidad y/o para la supervivencia de una entidad ya existente.

Las grandes entidades discutidas aquí, es decir, unidades sociales como «comunidad», «tribu», «clan», «pueblo» o «nación» no son –en eso creo que estamos todos de acuerdo– objetos «naturales». Están configurados por actos de individuos, o pequeños grupos de individuos, que toman la iniciativa y logran movilizar los recursos que se necesitan para tal tarea. De estos recursos el fundamental es un repertorio cultural que permita al grupo proporcionar una justificación y la *raison d'être* de su existencia en cuanto entidad perfectamente individualizada.

Encontramos diversos métodos utilizados en la creación de las grandes entidades sociales, especialmente las conocidas como «naciones», en los que se observa la búsqueda progresiva del repertorio adecuado para asegurar su existencia y su perpetuación. A continuación expongo los métodos más destacados:

- Un grupo se apodera de un territorio por la fuerza y domina a sus habitantes. Si tiene como objetivo una prolongada permanencia, es probable que los miembros del grupo invasor lleguen a la conclusión de que para el mantenimiento y supervivencia de la entidad tienen que esforzarse en conseguir una cohesión sociosemiótica. Muchos casos históricos nos ofrecen claros ejemplos de cómo una relativa minoría invade, o controla por otros medios, un extenso territorio: los francos en la Galia, los suecos en el reino ruso de Kiev, los suevos y visigodos en la Península Ibérica, los ostrogodos en Italia.

- Un grupo de individuos se organiza y se implica en una pugna por el poder para librarse de un control que desean rechazar. Una vez que lo consiguen, se pueden encontrar en una situación desconcertante con respecto a la entidad que habían creado; ésta, cuando termina el enfrentamiento, puede desintegrarse por falta de cohesión. Tal vez sea el caso en que se encontró Holanda después de la llamada rebelión contra la dominación española. Según Schama:

La invención más extraordinaria de un país que estuvo llamado a ser famoso por su ingenio fue su propia cultura. De elementos tomados de materializaciones culturales previas, los holandeses crearon una nueva identidad. Su configuración respondió a algo que de otro modo hubiese sido una legitimación negativa insoportable: la rebelión contra la autoridad del rey. A diferencia de los venecianos, cuya mitología histórica les proporcionaba un linaje de antigüedad y continuidad inmemoriales, los holandeses se habían comprometido de modo irrevocable en una «ruptura» con su pasado, y ahora se veían obligados a reinventarlo para cerrar las heridas y organizarse de nuevo como entidad política. En un nivel más pragmático resultaba imperioso que la lealtad popular se movilizase exclusivamente en favor de la nueva patria. Lo que requería la constitución de una cultura holandesa del norte era que todos los habitantes dentro de las fronteras de la nueva república se identificasen con un nuevo destino común, para estigmatizar el pasado reciente como algo ajeno e impuro, y rebautizar el futuro como patriótico y prístino⁷.

Y añade:

El patriotismo holandés no fue la causa, sino la consecuencia, de la rebelión contra España. Independientemente de su invención tras este hecho, se convirtió rápidamente en un poderoso foco de lealtad para la gente que se veía luchando por su patria y su hogar. No importaba que patria y hogar significasen Leiden y Haarlem antes que la nueva abstracción de una unión; el concepto de una nueva *patria* sin duda dio protección y esperanza a ciudadanos que de otro modo se habrían senti-

⁷ Schama, S., *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*, New York, Alfred A. Knopf, 1987, pág. 67.

do totalmente aislados y físicamente asediados. No resulta sorprendente, entonces, descubrir que fue en el período de los grandes sitios de 1570 cuando los primeros signos de una identidad nacional empiezan a hacerse visibles en monedas y medallas⁸.

- Un individuo, un número de individuos o un grupo, se compromete a idear un repertorio que justifique la imposición de una entidad sobre un territorio concreto, que no coincide necesariamente con el suyo propio. Esto tiene que ver a menudo con la llamada *unificación* de diferentes territorios. El mismo método puede funcionar de manera opuesta, es decir, puede hacer factible que cierto territorio se separe total o parcialmente de una entidad mayor.

Ejemplos destacados del primer tipo, de la unificación, son los casos de Alemania e Italia, dos estados fundados más o menos al mismo tiempo, en torno a las décadas de 1860 y 1870. En ambos casos, el trabajo de los planificadores precedió al curso de los acontecimientos políticos. En Alemania, como indicó un observador anónimo, «Bismark no habría sido nunca capaz de crear la unidad política si nuestros escritores clásicos no hubiesen fundado con anterioridad la unidad espiritual»⁹. En Italia, sin la construcción de un repertorio semejante el minúsculo, y en opinión de muchos, ridículo reino de Piamonte-Cerdeña no habría logrado unificar la totalidad de la península italiana y Sicilia.

Como ejemplos del segundo tipo, de la separación, servirían todos los casos de estados y regiones que se crean mediante la secesión de un estado más amplio: Checoslovaquia después de la Primera Guerra mundial, Eslovaquia en 1993, o las actuales regiones autónomas de España, principalmente Cataluña, Galicia y el País Vasco.

- Un grupo que no puede sobrevivir como entidad, cultural o físicamente, en un determinado territorio (en el que tal vez forman una minoría perseguida o

discriminada), emigra a otro territorio y allí pone en práctica el repertorio que no podía utilizar en su país natal. Esto podría aplicarse a la emigración algo nebulosa de los nórdicos que fundaron Islandia en el siglo IX, a la emigración de los puritanos ingleses a Nueva Inglaterra, o a la emigración de los judíos a Palestina hacia finales del siglo XIX¹⁰.

En todas las variedades de emergencia y cristalización de entidades sociales se hace evidente, cualquiera que sea la vía seguida, que los esfuerzos por asegurar la pervivencia de una entidad constituyen ciertamente una preocupación prioritaria para aquellos interesados en su existencia. Cuanto mayor es la entidad, mayores las dificultades para que se mantenga sin algún tipo de consenso entre sus miembros¹¹. Cuanto más consenso se alcance mediante la cohesión socio-semiótica, mayor será el número de individuos interesado en el mantenimiento de la entidad social. Si no se logra, o ni siquiera se intenta, tal interés quedará reducido a los pocos privilegiados que pueden extraer beneficios de su existencia, pero a largo plazo se pondrá en peligro la supervivencia de la entidad y, por tanto, los intereses creados del grupo privilegiado.

Por «colapso» no quiero implicar la desaparición física de un conjunto de individuos, aunque tal fenómeno pueda producirse tras un cambio violento de poder. Los ejemplos son demasiado numerosos y demasiado obvios para ser citados. A lo que aludo es al final—sea permanente o temporal—de la existencia identificable de una entidad en cuanto tal. Esto supone que los individuos adoptan un repertorio distinto que ya no van a poder utilizar para caracterizarse a sí mismos como «diferentes» de los otros.

3.4. *La planificación necesita una base de poder.* Lo que en definitiva importa en la planificación son sus posibilidades

¹⁰ Puede verse mi trabajo «El nacimiento de una cultura hebrea nativa en Palestina: 1882-1948», en este mismo volumen, págs. 132-151.

¹¹ Sobre el concepto de «consenso» véase Dodd, P., «Englishness and the National Culture», en Colls, R. y Dodd, P. (eds.), *Englishness: Politics and Culture 1880-1920*, London, Croom Helm, 1986; especialmente la pág. 2.

⁸ *Ibid.*, pág. 69.

⁹ Goldstein, M., *Begriff und Programm einer Jüdischen Nationalliteratur*, Berlín, Jüdischer Verlag, 1912, pág. 20.

de ser puesta en práctica con éxito. Por consiguiente, los planificadores deben detentar el poder, y/o conseguirlo, u obtener el respaldo de quienes lo ejercen.

El propósito de esta hipótesis, por trivial y evidente que parezca, sirve para resaltar el hecho de que la preocupación por configurar un repertorio es solo una condición necesaria para llevar a buen término la planificación. Sin embargo, sin la intervención del poder difícilmente puede obtenerse resultado alguno. También es verdad que el poder puede conseguirse en diversos niveles, y de ningún modo se debe simplificar su relación con los productores culturales.

A veces el compromiso de los intelectuales con la producción de un repertorio no parece ser más que un juego. Cuando aparecen los que se autoproclaman productores, es decir, individuos cuyos servicios no dependen de quienes ejercen el poder, los productos que ofrecen tal vez no llegan más que a un círculo limitado. La gente que produce textos en una lengua no aceptada por los grupos dominantes, o bien inventa y reinventa la lengua que utiliza, o bien se enfrasca en largas e infinitas discusiones sobre la naturaleza de la entidad social que sueñan alcanzar, o sobre la identidad de sus futuros miembros, o sobre el estilo de vida que reemplazará al dominante, y así sucesivamente —pudiendo parecer patéticos a gran parte de sus contemporáneos, a cuyos ojos malgastan su vida en empresas estériles—. Sin embargo, una vez que el producto rompe el círculo inicial y consigue de algún modo entrar en el mercado, llega a un círculo más amplio, que en último término se constituye en la base de poder necesario para comenzar un proceso de transformación del actual estado de cosas. Entonces la situación cambia de manera drástica, convirtiendo a unos aparentemente inofensivos productores culturales en poderosos agentes de poder.

Hay planificaciones que dan lugar a procesos capaces de reemplazar un repertorio, y se inician con un producto en apariencia inofensivo. De hecho, en las raíces de muchas nuevas entidades se percibe este tipo de productos, sean epopeyas presuntamente basadas en las narraciones orales de los antiguos leñadores de Karelia (pienso por supuesto en el *Kalevala* finés), o poemas líricos escritos en una lengua

desprestigiada por una frágil mujer que vivía casi recluida en Santiago de Compostela (me refiero como es evidente a los *Cantares Gallegos* de Rosalía de Castro). Las epopeyas finlandesas o la poesía lírica de Rosalía llegaron a ser piedras angulares de un nuevo repertorio que proporcionaba un diferente tipo de cohesión sociosemiótica. En Galicia, el pequeño círculo al que pertenecía Rosalía de Castro, y sobre todo su marido Manuel Murguía, organizaba inocentes juegos florales, o *xogos florais* —el primero de ellos celebrado en A Coruña, en 1861—, que acabaron creando un cauce público que permitía ofrecer las nuevas opciones a un mercado potencial de consumidores. En la Italia anterior a la unificación, las óperas de Verdi debieron desempeñar un papel semejante, siendo sus libretos censurados cuando parecían demasiado peligrosos a los gobernantes.

Los *Xogos Florais*, y otras asociaciones o sociedades de nombre tan inofensivo como «Hermandades de la Lengua» (*Irmandades da Fala*), fueron instrumentos primarios, e incluso toscos, de creación de bases de poder para la puesta en práctica de la planificación cultural. Aunque tales esfuerzos lleguen a consolidarse en formaciones políticas de gran escala, como partidos y organizaciones masivas, no he encontrado ningún caso en el cual existiese alguna progresión efectiva sin una previa asociación con los detentadores del poder, reales o potenciales. En la península italiana la planificación cultural podría haber sido practicada durante largo tiempo sin haber alcanzado su auténtico objetivo: crear una nueva Italia y nuevos italianos, no sólo políticamente independientes de Austria y España, sino también predispuestos a seguir nuevos derroteros en la organización de la vida colectiva. Fue la unión de sus aspiraciones con las ambiciones políticas del primer ministro del Piamonte, Cavour, la que hizo todo posible de forma casi repentina. Ideas antes frustradas, como el renacimiento de la lengua literaria italiana, pudieron comenzar a realizarse por fin con el establecimiento del Estado italiano. De manera semejante, más de cien años de lentos esfuerzos para constituir una entidad gallega con identidad propia no consiguieron el mismo resultado que unos diez años de gobierno autónomo. Si bien tardíamente este gobierno «descubrió», por

decirlo así, que podía utilizar con éxito el rico repertorio ya creado, y más particularmente la rejuvenecida lengua gallega, como base para justificar la identidad política de Galicia, una de las necesidades más imperiosas en la tarea de asegurar la continuidad de su autonomía.

3.5. *La planificación efectiva puede convertirse en el interés de una entidad social.* Está suficientemente probado que los planificadores y quienes ejercen el poder pueden hacerse con el dominio o control de una determinada entidad mediante la efectiva puesta en práctica de una planificación. Utilizando de nuevo la formulación de Bartoli, que me parece emblemática de la tradición sociohistórica, tal dominación constituye el objetivo y propósito último de la planificación cultural: los detentadores del poder buscan reforzar sus posiciones convirtiendo un repertorio acomodadizo en aceptable para amplios sectores de la población, mientras que los productores culturales pueden llegar a ejercer el poder haciendo que se acepten sus productos, u obteniendo el respaldo de los gobernantes. Sean cuales sean las consecuencias de una lograda puesta en práctica de la planificación, ambos se beneficiarán de ella.

Este análisis se aplica a numerosos casos en los que difícilmente se pueden encontrar indicios de otros intereses de igual relevancia. Para un conjunto de habitantes de un determinado territorio, los beneficios de establecer una organización más allá de sus límites no son en absoluto evidentes. Al contrario, tal vez constituya una amenaza a sus libertades, o les imponga cargas onerosas (tasas e impuestos). Solo cuando se tiene conciencia de que pueden obtenerse beneficios de una organización mayor, o de que su ausencia puede producir pérdidas, la gente muestra una aceptación, pasiva o activa. Esto no supone que en la práctica todo el mundo colabore con los que se encargan de llevar a cabo tal empresa, pero al menos se encontrarán con menos impedimentos.

No debe extrañar, por tanto, que componentes fundamentales de un repertorio alternativo tengan que ver frecuentemente con cuestiones como la discriminación o la humillación, que se evitarían, según afirman, si el reperto-

rio en vigor es derrocado. Por ejemplo, si quienes nos dominan se burlan de nosotros y nos discriminan porque carecemos del dominio de la lengua que ellos conocen mejor, entonces una alternativa sería el uso de «nuestra propia lengua». Esta «lengua propia» se presenta a menudo como un recurso natural, accesible por igual y sin esfuerzo a todos los miembros del grupo en cuestión. Pero en realidad pocas veces se da esta circunstancia, lo habitual es que la lengua deba ser reconfigurada partiendo de un estado no normalizado, y por tanto sus supuestos usuarios pierden la familiaridad con ella. En otros casos, como el italiano, la lengua no es siquiera la lengua real de nadie. Lo mismo ocurre con otros elementos del repertorio, como las costumbres, los vestidos, la comida, las opciones de interacción, etc. Sin embargo, lo relevante siempre no es la condición del repertorio alternativo como «nativo», tanto se acceda a él sin esfuerzo o se adquiriera mediante aprendizaje, sino su diferencia con las opciones vigentes. Si un repertorio distinto puede proporcionar opciones que de otro modo estarían excluidas, entonces su aceptación es sin duda inminente.

Idénticos factores se aplican a situaciones más claramente institucionalizadas en las que una entidad se encuentra ya bien establecida, por lo que se puede esperar una cohesión sociosemiótica elevada, que lleva a los miembros de la entidad a resistir repertorios no deseados que se les intenten imponer. La resistencia a un repertorio ajeno o el interés en promover los repertorios locales se convierte entonces en un sentimiento colectivo, o incluso en una amplia toma de conciencia entre los miembros de la entidad. De hecho será su único modo de sobrevivir como entidad, lo que a la vez les permite garantizar sus privilegios.

Naturalmente queda por discutir hasta qué punto dicha conciencia es consecuencia de los privilegios concretos disfrutados por los miembros de la comunidad o resultado de una efectiva manipulación por parte de los agentes del poder. Yo sólo sugiero que ésta es una cuestión que debe ser interpretada en cada caso particular. Empezaría por rechazar cualquier análisis unilateral o parcial: desde los análisis que caigan en un falso idealismo, describiendo un apoyo a tal empresa de todos los miembros de la comunidad que,

devotos a la causa, se dan cuenta del peligro que corren sus más profundos valores, hasta los análisis que reducen todo el proceso a una maquinación cínica cuyo único objetivo sería reportar ganancias a los explotadores de la credulidad general.

3.6. *Los factores del mercado no se acomodan fácilmente a los nuevos repertorios.* Dado que la puesta en práctica de la planificación cultural supone el introducir cambios en una situación concreta, las perspectivas de éxito también dependen de una efectiva explotación de las condiciones del mercado. La posibilidad de que la planificación se vea frustrada se debe tener siempre en cuenta. Además, cuando las resistencias son fuertes, puede llegar el fracaso, total o parcial.

El *mercado* lo constituyen el conjunto de factores implicados en la compraventa de productos culturales, por lo que promueve determinados tipos de consumo. Comprende todos los factores que participan en el intercambio semiótico («simbólico») y en otras actividades relacionadas con él. Si bien el conjunto de la *institución* cultural intenta dirigir y regular los tipos de consumo, estableciendo los valores de los elementos que componen la producción, lo que realmente condiciona su éxito o fracaso es el tipo de interacción que establece con el libre mercado. En la realidad socio-cultural ambos factores se entrecruzan con frecuencia en el mismo espacio: por ejemplo, los salones literarios son a un tiempo instituciones y mercados. Sin embargo, los agentes específicos que desempeñan su función en una institución o en un mercado no tienen necesariamente que coincidir. Una escuela, por ejemplo, forma parte de la institución en vista de su capacidad para propagar el tipo de valores que el orden imperante (la parte central de la institución) quiere vender a los estudiantes. Así que los profesores en realidad funcionan como agentes comerciales, como agentes del mercado. Los destinatarios, que quieran o no quieran se convierten en una especie de consumidores, son los estudiantes.

La puesta en práctica de la planificación cultural exige por tanto capacidad de venta, propaganda y publicidad. Puede argumentarse que esto suena a simplificación, por-

que la disposición a comprar cierta mercancía no organiza necesariamente la vida del comprador de la misma forma que lo hace un repertorio cultural; en otras palabras, se supone que los productos no dictan una visión de la realidad ni las pautas de comportamiento que de ella puedan derivarse. No creo que sea este el caso, dado que parece existir un acuerdo considerable con respecto al papel del consumo moderno en la interpretación de la realidad que tienen los miembros de la llamada sociedad de consumo. La línea divisoria entre los diversos modos de inculcación se encuentra en otra parte, a saber, no en la profundidad y el peso, por así decirlo, de los productos que se promocionan, sino en su grado de interiorización.

Como ya sabemos, la inculcación de un repertorio sólo puede pretender tener éxito. La gente lo acepta porque no hay otra alternativa —es decir, se le impone—, o bien porque las circunstancias así lo requieren, o porque era la única opción con la que se educaron, en el hogar familiar o en la escuela. La adhesión pública al repertorio vigente proporciona beneficios obvios, como llegar a ser miembro del partido comunista en la antigua Unión Soviética o cantar las alabanzas del camarada Stalin. Si la adhesión pública conlleva una negación absoluta de la divinidad, cualquier indicio de religiosidad debe ser eliminado de la vida de la gente. Sin embargo, al día siguiente del desmoronamiento de la Unión Soviética, jóvenes de la Rusia postcomunista que no habían tenido acceso aparente a los cultos religiosos se apresuraron a abrazar la religión ortodoxa, un repertorio cultural alternativo en abierta contradicción con su formación previa.

Permítanme reiterar que para eliminar un repertorio y reemplazarlo por otro no es necesario un cambio de repertorio *dentro* del mismo grupo social. Basta con un cambio de posiciones en la sociedad, por medio del cual el grupo que sostiene un repertorio determinado se ve empujado hacia la periferia de la estructura global de la sociedad, perdiendo dicho repertorio su posición primaria. Procesos semejantes abundan en cualquier sociedad, lo que nos lleva a admitir, si aceptamos la hipótesis del mercado, que cualquier producto establecido corre siempre el riesgo de ser derrocado por sus opositores. En el ámbito cultural tales

contendientes pueden haber sido derrotados previamente. Si aceptamos la idea del polisistema, entonces cada vez que observamos una «nueva fase» en un sistema lo que realmente observamos –como claramente teorizó hace muchos años Tynianov¹²– es el éxito de un nuevo repertorio en su conquista del centro. Su triunfo no aniquila necesariamente el repertorio previo, simplemente lo destrona. El repertorio derrotado tal vez sea en ese momento demasiado débil para impedir la puesta en práctica del nuevo repertorio, pero puede hacerse lo suficientemente fuerte a lo largo del tiempo como para intentarlo de nuevo en el futuro.

Me gustaría por tanto subrayar que con demasiada frecuencia nos vemos tentados, quizá en aras de una elegante descripción, a aceptar situaciones acabadas y bien definidas. En materia de planificación cultural, al igual que en materia de análisis cultural, las situaciones acabadas son meramente temporales y aún así sólo visibles en un sector de la red total de relaciones que llamamos «sociedad» o «cultura». Por tanto, cuando la puesta en práctica de cierto repertorio por el que ha luchado un grupo de individuos ha alcanzado su cima, puede encontrarse ya en vías de desintegración y resultar ineficaz para hacer frente a las nuevas circunstancias, que demandarán otro repertorio diferente.

3.7. *La consecuencia del fracaso de la planificación cultural no es el colapso de la entidad social sino la creación de energía.* Cuando se produce un fracaso, total o parcial, la planificación y sus actividades correspondientes no generan necesariamente consecuencias negativas para el bienestar de la entidad en cuestión, aunque pueden por supuesto perjudicar a individuos concretos involucrados en la planificación y/o su puesta en práctica.

Donde ha tenido lugar una planificación cultural, independientemente de sus consecuencias, la entidad pertinente –o el conjunto de personas– puede haber mejorado su nivel de vida, si bien no acorde con el diseño de los planificadores, ni con los objetivos y ambiciones de sus aso-

ciados en el poder. Cada vez estoy más convencido de que para el mantenimiento de cualquier entidad humana la actividad de planificación en sí misma crea a la larga algún tipo de dinámica, una intensificación de la vitalidad que permite a la entidad correspondiente tener acceso a opciones de las que tal vez antes estaba excluida. Sugiero el término «energía» para designar este conjunto de acontecimientos, al menos hasta que encontremos un término más adecuado.

Puede objetarse, por supuesto, que involucrarse en la planificación es resultado de una energía y no al contrario. Donde existe una dinámica social la gente escribe textos y desarrolla ideas, contribuyendo enérgicamente a la creación de nuevos repertorios. Esto es incuestionable: la Roma antigua o el Renacimiento florentino, que sepamos, sobresalieron primero en muchos otros aspectos antes de desarrollar sus recursos culturales. Sin embargo, en todos los casos que sirvieron de demostración para mis hipótesis sobre la planificación cultural, la preocupación por ésta comenzaba a un nivel de bienestar de la población muy bajo. Ello no significa que todos estuviesen humillados por igual o gravemente discriminados, pero tenían menos acceso a las opciones que otros, o al menos eso les parecía desde su punto de vista. Por ejemplo, en comparación con Francia e Inglaterra, las regiones alemanas de los siglos XVIII y XIX disponían de menos posibilidades. Del mismo modo una región como la Galicia del siglo XIX no estaba marginada por su ubicación geográfica en la Península Ibérica. Al contrario, Galicia había sido la primera provincia romana desarrollada en la península, y mantuvo esta posición casi hasta la unificación del reino español bajo Castilla y Aragón. Su decadencia se debió a una política de deliberado ostracismo por parte del gobierno central. Los lentos y desorganizados pasos hacia una reinvencción de Galicia, efectuados a lo largo del siglo XIX, constituyeron su única oportunidad de establecerse como entidad con un repertorio propio que no se limitase a las opciones disponibles y permisibles procedentes del centro. Después de todo, ésta es una muestra sintética de las relaciones entre centro y periferia: a la periferia se le permite únicamente desarrollar lo que procede

¹² Tynianov, J., *Arxaiсты i novatory*, Moskva, Akademia, 1929.

del centro, mientras que éste es libre de crear nuevas opciones constantemente. El fenómeno que he denominado «energía» hace posible que un determinado grupo de personas, o a una entidad con un mínimo de organización, asuma los privilegios del centro. Si lo consigue, el bienestar local aumenta considerablemente, pero si nada se intenta, entonces queda condenada a una situación periférica.

Cuando uno se encuentra en la periferia cualquier cosa que haga, todo su repertorio, resulta por definición inferior al del centro, pues los que ocupan en el centro siempre dominan mejor su repertorio, y por tanto se toman más fácilmente la libertad de ampliarlo o transformarlo. Si uno habla «la misma lengua», por así decirlo, la lengua del centro seguirá sonando un poco diferente y el acento de la periferia podría suponer algún obstáculo si se desea conseguir un trabajo en lugares de prestigio. Esta es una descripción bastante ajustada de las condiciones de vida en muchas partes de Inglaterra y Francia todavía en nuestros días. También me atrevería a sostener que la situación en los territorios occitanos del sur de Francia es mejor que la de las mencionadas regiones inglesas y francesas, aunque mucho peor que la de las autonomías españolas, a pesar de que los intelectuales occitanos, desde el siglo XIX, hayan intentado individualizarse mediante la recreación de la lengua y la totalidad de su repertorio cultural¹³. Como sabemos, las periferias pueden ser una fuente alternativa de innovaciones y posiciones de poder, pero para ello necesitan de actividades como la planificación cultural.

No es fácil determinar cuándo los resultados de un proceso de planificación deben ser considerados un éxito o un fracaso. Una de las razones es que para los planificadores y para quienes ejercen el poder el contenido de un repertorio puede llegar a ser más importante que su objetivo último. Por ejemplo, si la recuperación de la lengua gallega o la italiana se convierte en una condición *sine qua non* para los respectivos «renacimientos», entonces el potencial fra-

¹³ Véase por ejemplo Thiesse, A. M., *Ecrire la France: le mouvement littéraire régionaliste de langue française entre la belle époque et la libération*, París, P. U. F., 1991.

caso del gallego en el momento en que los objetivos fundamentales de la entidad gallega casi parecen haber alcanzado su cima podría desilusionar a quienes habían vinculado su visión del mundo y su identidad a la lengua, pues se suponía que ésta debía servir para mejorar, y no empeorar, como parece haber sucedido, las oportunidades de los individuos para mejorar su acceso a la opciones sociales.

El motivo –quizá triste– de tales situaciones reside en la naturaleza misma de la planificación. Puede llevarse a cabo en breve plazo si los planificadores y quienes desempeñan el poder colaboran desde un principio. Sin embargo, si los planificadores tienen que construir una primera base de poder y dedicarse a la creación de un repertorio suficientemente atractivo para atraer a los que lo ejercen, entonces el lapso de tiempo entre la planificación y sus resultados puede ser muy largo, a veces más de un siglo, como en el caso gallego. En situaciones semejantes el repertorio alternativo, planificado, diseñado y ajustado a las condiciones iniciales, tal vez resulte desgraciadamente anticuado cuando se pone finalmente en práctica. Por ejemplo, si todavía parecía posible hace tres décadas arrancar a la población gallega de su pobreza legitimando la llamada «lengua propia», los gallegos actuales han caído en la cuenta de que si se limitan a ella, estando ahora totalmente oficializada, son más probables las pérdidas que las ganancias. La consecuencia es que mientras la lengua gallega se puede ver en todos los indicadores públicos de carreteras y edificios, o en todos los formularios administrativos oficiales, los estudiantes y sus padres gallego-hablantes se sienten cada vez más proclives a preferir el castellano, una lengua descrita en el patrimonio gallego como la fuente de todo mal¹⁴. Es verdad que *sin* la lengua como componente fundamental del

¹⁴ Sobre las actitudes actuales de los hablantes del gallego vernacular con respecto al gallego puede verse Roseman, S. R., «Falamos como falamos: Linguistic Revitalization and the Maintenance of Local Vernaculars in Galicia», *Journal of Linguistic Anthropology*, 5, 1995, págs. 3-32; y Roseman, S. R., «Lenguas de solidaridad» en el medio rural: El mantenimiento del gallego vernáculo», en Rodríguez Campos, X. (ed.), *As linguas e as identidades: ensaios de etnografía e de interpretación antropolóxica*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1997, págs. 105-122.

nuevo repertorio gallego, indudablemente no se podría haber alcanzado el actual éxito sociopolítico de Galicia. Pero ahora, *con* la lengua como vehículo principal de la interacción social, Galicia podría verse condenada al atraso. No obstante, sin los conflictos en torno a éste y otros elementos del repertorio, la comunidad gallega no generaría energía alguna. Tal vez éste sea el precio de la intervención humana en el orden del universo.